

Y al lado de las grandes naciones debe citarse á las pequeñas, que ellas también caminan con seguro paso por la vía de la cooperación, sembrándola de maravillas.

En nuestra pequeña Bélgica, en la que veinticinco años atrás el movimiento cooperativo era, por así decirlo, nulo, puede evaluarse, contando por lo bajo, en 200.000 el número de cooperadores, ó sea, junto con sus respectivas familias, sobre un millón de personas.

Al principio, solamente los obreros de las ciudades y de los centros industriales se adherían á las asociaciones cooperativas; ahora la Cooperativa se ha hecho popular.

A la antigua divisa egoísta: «Cada uno para sí y Dios para todos,» se ha sustituido la de «Cada uno para todos; todos para cada uno.»

De esta suerte, el espíritu egoísta ha caído su sitio al espíritu de Solidaridad y, en vez de desgarrarse mutuamente y de hacerse recíproca competencia, los hombres se entienden, se unen, se ayudan. A la lucha por la existencia, lucha áspera y á menudo violenta se ha sustituido la unión por la vida.

Y así, gracias á esa fuerza moral poderosa, la organización popular no ha cesado un momento, habiendo alcanzado un grado notable de desarrollo.

Los hombres han comprendido que deben asociarse para trabajar en común y para suprimir á los intermediarios inútiles, y se han dado cuenta de cuán enorme fuerza reside en ellos mismos: fuerza de producción y fuerza de consumo, siendo, sobre todo, esta última la que organizan. Han agrupado centenares de miles de millones de consumidores, que se han convertido en sus propios comerciantes; compran al por mayor y se distribuyen entre sí los productos; se federan entre sí para comprar en las mejores condiciones posibles, y, por último, se organizan para producir ellos mismos, directamente, los artículos que las Sociedades de consumo han menester.

Así, poco á poco, la actual organización del comercio y de la producción se hallará transformada, y de esta suerte, los obreros, que habrán hecho su educación comercial y económica, estarán en disposición de administrar la gran Hacienda nacional y de transformar el Estado, que actualmente es, en manos de la clase capitalista, un medio de sujeción popular, en un medio de liberación, de emancipación y de bienestar para todos.

He aquí lo que se halla al fin del movimiento cooperativo.

Así, pues, debemos felicitarnos de los progresos que dicho movimiento ha cumplido en los últimos años.

Pero es menester no descansar. Queda mucho que hacer, y el deber de cada uno es trabajar sin cesar en desenvolver más y más el movimiento cooperativo, que está llamado á contribuir poderosamente á la transformación de toda nuestra organización económica y social.

(De Mutualidad).

COOPERACIÓN OBLIGATORIA

POR G. DEHERME

Sustituir por la organización consciente el azar de la competencia; por la armonía el conflicto permanente; trastornar las relaciones de una función económica universal; oponerse sin miramientos á las *leyes sacrosantas* de la *sacrosanta* economía política; atreverse á criticar el actual mecanismo social; suprimir una clase, considerable por el número, de los

intermediarios; afirmar el poder de la voluntad individual, y la multiplicación de éste poder por la asociación; negar, en fin, el Estado, todo esto es, simplemente, una revolución social. Y este es el objeto de la cooperación, ó sus consecuencias.

Pero no puede hacerse sin una profunda perturbación de lo existente, bien entendido, que el orden no es con frecuencia más que la resignación al mal, la aceptación de la mentira, la transigencia con la iniquidad. La Cooperación tendrá, pues, enfrente la oposición de los intereses egoístas; los prejuicios de la organización actual de la vida falseada y desnaturalizada; la oposición formidable de todas las vilezas que se pretende desterrar por un esfuerzo de justicia y verdad.

Si la Cooperación quiere consolidarse debe ser una fuerza organizada. Es necesario, por consiguiente, engrandecerla y hacerla desde luego obligatoria.

Esto reclama explicación y justificación.

No se alarme nadie por lo de «Cooperación obligatoria.» No soñamos con hacer que los tenderos perezcan, vírgenes y mártires, en la paja húmeda de los negros calabozos, sino que nos proponemos tan sólo obligar á sus pertinaces clientes á que traguen la píl lora cooperativa. No acariciamos nosotros sombrías intenciones. Entendemos que, generalizada la cooperación, es bastante poderosa para imponer por sí sola, sin recurrir á extremos jacobinos, un régimen de precio y calidad «Cooperativo» si se puede decir así, á los propios comerciantes. Sábese que en ciertas regiones, en Suiza por ejemplo, la cooperación tiene bastante potencia para obligar al comercio á rectificar sus malos manejos. Practicase allí; por tanto, la cooperación obligatoria—obligatoria como lo es el sol—y no puede ya calificarse de utopía.

Así pues las Cooperativas, inteligenciándose, federándose para la compra al por mayor, pueden convertirse en directoras del mercado. He aquí la tiranía cooperativa. No tiene ese sistema en modo alguno la intención cruel de acabar de un golpe con la existencia de todos esos innumerables comerciantes en pequeño que viven, es cierto, de un vicio social; pero que no pueden vivir de otra manera. La Cooperación les dejará tiempo suficiente para adaptarse á un orden de cosas que no consentirá parásitos. Lo que sí hará desde luego es obligarle á obrar con más honradez comercial, con la relativa honradez que honra la profesión.

Si esto se llama tiranía, será la tiranía de los más en beneficio de todos. ¿Y pueden tener mejor fundamento la equidad y la justicia que el interés de todos?

Nuestro ideal consiste en que la Cooperación sea bastante fuerte para impedir á los mercaderes la venta de artículos malsanos, bajo el punto de vista físico ó moral; ó que no puedan fijarle precio arbitrario; en que la cooperación llegue á imponer asimismo á sus proveedores burgueses que establezcan condiciones humanas de trabajo para los obreros á su servicio, bajo pena de *boycotage*; en que, viéndose libre de aceptar servilmente los gustos, á veces pervertidos é insanos del comerciante ó de los consumidores, pueda dirigir los gustos y depurarlos; en que lejos de abandonar la producción á merced de la anarquía actual, causa de las pérdidas, de las ruinas y, por consecuencia, de la carestía, sea árbitra de regular ésta con arreglo á las probables necesidades del consumo. Por último, aspiramos á que la cooperación *tiranice* denunciando como inconvenientes, ya una industria de productos nocivos, ya un bazar de objetos estúpidamente inútiles ó criminalmente perjudiciales, destinados á engañar al comprador.

Hé ahí nuestros sueños. Cada cual tiene derecho